

CUARTO DOMINGO DESPUES

DE LA EPIFANÍA.

El evangelio de hoy es una continuacion del evangelio del domingo precedente, y refiere un nuevo milagro que el Salvador obró á favor de sus discípulos, librándolos de un inminente naufragio en el lago de Tiberiades. Sobre este evangelio se ofrecen varios asuntos de una importancia extrema que los curas han de procurar tratar bien.

El primero es sobre los peligros de perderse que hay en el mundo, y se propondrá así: Despues de haber referido literalmente lo que acerca de este suceso cuenta el evangelio, se preguntará: ¿Qué significa todo el complejo de la historia que acabo de referir? El barco en que Jesucristo estaba con sus discípulos significa la Iglesia, de la cual todos los católicos somos miembros: el mar agitado representa este mundo en que vivimos: las olas son figura de las diferentes tentaciones que tenemos que sufrir de parte de los enemigos de nuestra salvacion: la súplica que los discípulos hicieron al Salvador nos enseña cómo debemos conducirnos en los peligros en que nos hallamos: en fin la bondad del Salvador en socorrerlos nos representa el pronto socorro que nos dará si acudimos á él. Todo lo que debe inducirnos á mantenernos firmes en medio de este mundo, todo lleno de peligros, tentaciones y combates, peleando con honra, resistiendo con ánimo, triunfando con gloria.—Al llegar aquí, se dice el cuerpo de la plática que, bajo el título de El

soldado de Jesucristo puesto en campaña, se halla en el Catequista orador, tomo 1.º, pág. 267.

Otro asunto se puede formar sobre el presente evangelio, y es el de la Providencia de Dios, el cual se comienza de este modo: «Hé aquí, cristianos, un nuevo milagro de Jesucristo que la Iglesia ofrece á nuestra consideracion, para animarnos mas «y mas á poner toda nuestra confianza en la providencia de «Dios. Hace quince dias que vimos al Salvador convirtiendo el «agua en vino en las bodas de Caná: el domingo pasado le vimos hacer dos curaciones milagrosas, una con un leproso, y «otra con un paralítico: hoy le vemos calmando la furia de los «vientos y del mar, librando de este modo á sus discípulos de «un naufragio cierto é inminente. En vista de esto, ¿quién no «creerá en la providencia de Dios? ¿quién no depositará en ella «toda su confianza? ¿quién no acatará sus adorables disposiciones? Es dogma de fe que Dios, despues de haber criado el «mundo, no lo deja correr á la ventura, sino que lo preside, «lo gobierna, y dirige todas sus cosas, aun las mas pequeñas, «á fines los mas altos y santos. Verdad importante, que deseo «imprimir profundamente en vuestro corazon, y que será la materia de la plática de hoy.» Aquí se dirá el cuerpo de la plática que se halla en el Catequista orador, tomo 1.º, pág. 66.

El tercer asunto es el que ponemos á continuacion.

Temer por la salvacion.

Domine, salva nos, perimus. (Matth. viii, 25).

El evangelio de hoy, que es una continuacion del que leímos en el domingo pasado, nos refiere un nuevo milagro que el Salvador obró á favor de sus discípulos. Mandóles un dia que preparasen un barquichuelo para pasar todos juntos al otro

lado del pequeño mar de Tiberiades : y estando ya en alta mar, hé aquí que se levanta una tan récia tormenta, que el barquichuelo comienza á hacer aguas, y está á punto de hundirse. Aterrorizados los discípulos, se acercan á Jesucristo, que estaba durmiendo plácidamente en la popa, y le dicen : Señor, salvadnos, de lo contrario somos perdidos : *Domine, salva nos, perimus*. Entonces Jesucristo, levantándose, les dijo : ¿Qué temeis, hombres de poca fe? Y levantando la mano, mandó á los vientos que calmasen, y al punto cesó la tempestad.

Esta es toda la historia del presente evangelio, muy breve, como veis, en las palabras ; pero toda llena de instruccion. ¿Por qué permitió el Salvador se levantase aquella gran tormenta, y que sus discípulos se viesen en riesgo inminente de perderse? Lo permitió para advertirnos de los grandes peligros á que está expuesta nuestra salvacion mientras navegamos por el mar de este mundo. ¿Hay mar mas peligroso que este mundo en que vivimos? ¿hay barquichuelo mas frágil y expuesto á perderse que nuestras almas? ¿hay vientos mas récios que las tentaciones con que nos combaten nuestros enemigos para perdernos eternamente? Pluguiese á Dios que, persuadidos de los grandes peligros á que está expuesta nuestra salvacion, nos llenásemos de un saludable temor, y, como los discípulos, acudiésemos á Jesucristo pidiéndole socorro. ¿Hay cosa por la cual hayamos de temer mas que por nuestra salvacion? No ; porque salvarnos es la cosa que mas nos interesa ; es la cosa que mas dificilmente se consigue ; es la cosa que, una vez perdida, está perdida para siempre y sin remedio. Atencion á lo que voy á decir sobre estas tres verdades.

¿Qué ansiedad, qué congoja experimentais, cristianos, cuando pelagra alguna de esas cosas que tanto amais en el mundo,

y en cuya posesion teneis vuestro principal interés? Yo veo que si se forma causa á un hombre acusado de un delito capital, el dia que el juez falla la sentencia tiembla el reo, tiemblan los parientes, y tiemblan todos cuantos se interesan por su suerte. Yo veo que si se pleitea sobre una pingüe herencia, de la que depende el bienestar ó la ruina de toda una familia, el dia que se sabe ha de fallarse la causa, tanto la una como la otra parte están llenas de congoja, esperando con inquietud y temor la resolucion del tribunal. Ventilóse un dia en el gran Senado romano la gran causa de Cartago, y despues de una muy animada discusion, se pasó á votar sobre si aquella famosa ciudad, eterna enemiga de los romanos, debia ó no ser destruida y hecha un monton de cenizas. Y dicen los historiadores que, mientras duró la sesion, el pueblo de Roma, aunque enemigo capital de los cartagineses, estaba atónito y agitado, esperando con miedo el éxito de aquella tremenda deliberacion. Nada de esto me admira, porque no desconozco que la ruina de una familia, la muerte violenta de un hombre y la destruccion de todo un gran pueblo, son, respecto de este mundo, grandes daños y pérdidas verdaderamente irreparables. Pero todas estas pérdidas juntas, comparadas con la pérdida de una sola alma, ¿qué son, cristianos míos, qué son? Nada, nada absolutamente. El alma del hombre mas vil y despreciable vale incomparablemente mas que todas las herencias del mundo, mas que todas las ciudades de la tierra, y mas que las vidas de todos los hombres, tomadas en el órden físico y natural.

¿Os admira esta expresion? Recorred os suplico el mundo material entero, y ved si encontrais en él cosa alguna mas preciosa que nuestra alma, ved si hallais joya que haya tenido mas nobles pretendientes, y para cuya posesion se haya ofrecido un precio mas grande. Quiso Dios recobrarla despues de habérsela usurpado el demonio en el paraíso ; ¿y cuánto diríais dió

por ella? Dió la cosa que mas amaba, dió á su propio Hijo que entregó en manos de sus enemigos: *Proprio Filio suo non percipit, sed pro nobis omnibus tradidit illum*¹. Quiso tambien Jesucristo poseerla; y por ella dió ¿qué? ¿acaso oro ó plata? No, dice san Pedro, dió su sangre, dió su propia vida: *Non auro vel argento redempti estis... sed pretioso sanguine Christi*². Quiso igualmente el demonio adquirirla; ¿y cuánto diríais ofreció por ella? Ofreció un mundo entero. Ved sino lo que dijo á Jesucristo en una de las tentaciones que le propuso. Despues de haberle llevado á la cumbre de un monte muy alto, y héchole ver desde allí todos los reinos de la tierra, mira, le dijo, te daré todos esos reinos que ves, tan solo me prestes un acto de adoracion, que vale lo mismo que decir, si me entregas tu alma: *Hæc omnia tibi dabo, si cadens adoraveris me*³.

A vosotros os parecerá que todo un mundo es precio bastante regular para comprar una alma, puesto que os la vendeis por cosas que valen incomparablemente menos; pero yo os aseguro que es un precio muy módico y desproporcionado. Porque, como dice Jesucristo, ¿qué le aprovecha al hombre adquirir el mundo entero, si en cambio pierde su alma? *Quid enim prodest homini, si universum mundum lucretur, animæ verò suæ detrimentum patiatur*⁴? ¿Qué le aprovechan ahora á Alejandro sus conquistas, al rico Epulon sus banquetes, á Herodes sus deshonestidades, á Judas su dinero, á Jezabel sus amores? Ahora que tienen perdida irremediamente el alma, ahora que están en los infernos, *Quid prodest?* ¿de qué les sirve todo aquello? ¡Ah! jóvenes inconsiderados, que vivís sumergidos en amores, pasatiempos y disoluciones, sin cuidados en nada de vuestra pobre alma: perdida que la tengais,

¹ Rom. v, 32. — ² I Petr. i, 18. — ³ Matth. iv, 9.

⁴ Matth. xvi, 25.

¿de qué os servirán vuestras disoluciones, todos vuestros pasatiempos y amores? *Quid prodest?* ¡Ah! hombres animales y terrenos, que solo os ocupais en acumular riquezas, en engrandecer vuestra casa, y en procuraros una felicidad fugaz en este mundo: aun cuando lográseis haceros dueños de toda la tierra, ¿qué os aprovechará, si despues perdeis el alma? *Quid prodest?*

Hablando un dia san Felipe Neri con un estudiante de mucho talento, le dijo: Luego que hayas concluido tus estudios ¿qué piensas hacer?—Pienso, respondió él, graduarme de doctor. ¿Y despues? volvió á preguntarle el Santo.—Despues, contestó el jóven, veré si puedo conseguir una prebenda. ¿Y despues? volvió á preguntarle.—Despues, dijo, trataré de hacer nuevos ascensos, hasta llegar á ser obispo ó cardenal. ¿Y despues? insistió de nuevo aquel. No sabiendo aquí el buen jóven qué contestar, le dijo el Santo: Y despues, hijo mio, despues morirás: y si pierdes el alma, ¿de qué te habrá servido todo esto? Vamos, concluyó, reflexiona un poco estas últimas palabras, y haz lo que te diga tu corazon. Meditólas el jóven, y el resultado fue abandonar luego todas las miras terrenas, y dedicarse exclusivamente al gran negocio de su salvacion. ¿Y por cuál razon, cristianos, esta misma reflexion hasta ahora no os ha hecho solícitos de la salvacion de vuestra alma? La razon en muchos es, porque teneis la salvacion por cosa tan fácil de alcanzar, que os parece no hay cosa mas asequible. Pero ¿es así, fieles míos, es así?

Oid os ruëgo lo que dice Jesucristo hablando sobre este punto. El reino del cielo, dice en san Mateo, padece violencia, y solo los que hacen violencia á sus apetitos lo consiguen: *Regnum cælorum vim patitur, et soli violenti rapiunt illud*¹. Quien

¹ Matth. xi, 12.

quiera venir conmigo, añade por san Lucas, niéguese á sí mismo, tome su cruz; y sígame: *Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, tollat crucem suam, et sequatur me*¹. Entrad, vuelve á decirnos por san Mateo, entrad por la puerta angosta, porque la puerta ancha y el camino espacioso conducen á la perdicion: *Intrate per angustam portam: quia lata porta et spatiosa via est, quæ ducit ad perditionem*². Y como si todo esto fuese poco, exclama luego en tono de admiracion: ¡Oh cuán angosta es la puerta, cuán estrecho es el camino que conduce á la vida eterna! *Quàm angusta porta, et arcta via est, quæ ducit ad vitam!*

¿Dónde estais los que teneis por tan segura la salvacion, como si ya la poseyéseis en la mano; los que vais siguiendo el camino ancho, diciendo que no quereis escrúpulos, melancolías ni simplezas, dónde estais? Compareced aquí, y responded á este argumento que os propone san Bernardo: *Aut Christus fallitur, aut mundus errat*. Una de dos: ó Jesucristo se engaña, ó yerra el mundo, y vosotros con él. Jesucristo declara que el camino del cielo es estrecho, y vosotros lo juzgais muy espacioso: Jesucristo asegura que la vida eterna no se consigue sino á fuerza de violencia y mortificacion, y vosotros pensais conseguirla llevando una vida inútil, deliciosa y mundana. ¿Quién se engaña? ¿quién tiene razon?

Supongamos un caso, y luego conoceréis vuestro error. Supongamos que un jóven noble y muy rico deja de repente el mundo, distribuye su pingüe patrimonio á los pobres, y entra religioso en uno de los institutos mas austeros, en la Trapa, por ejemplo. Vive allí treinta ó cuarenta años, pasando los dias en el trabajo, las noches en la oracion, las semanas en el ayuno, y toda la vida en rigurosa penitencia. Llega al último de

¹ Luc. ix, 23. — ² Matth. vii, 13.

sus dias, recibe con piedad y fervor los Sacramentos, y termina una tan santa vida con una muerte todavía mas santa. Pregunto ahora: ¿osaríais asegurarme que este religioso se salvó? ¿afirmaríais con juramento que su alma no está en el infierno? Poco á poco, oigo me decís, eso de jurar... ¡Cómo! ¿vacilais? ¿no os atreveis?—¡Oh, Padre! aunque es verdad que el religioso ha muerto con grandes indicios de salvacion, ¿quién podrá decir dónde para su alma? ¿quién puede saber cuál haya sido su suerte? Que su salvacion es probable, esto lo afirman; pero que sea cierta, que sea segura, ¿quién lo puede asegurar?—Con que vosotros no contais por segura la salvacion de un hombre que dejó todo lo del mundo por seguir á Jesucristo, ¿y os la prometeis vosotros que, contra los preceptos de Jesucristo, sois idólatras del mundo? En vuestro concepto tal vez se condenó el que pasó toda la vida en oracion, ayunos y penitencias, ¿y no temeis condenaros vosotros que la consumís toda en vicios y pecados? Quizás está en el infierno un religioso que vivió como santo, ¿y se prometen el cielo unos cristianos que viven como turcos?

El poco cuidado que teneis de salvar vuestra alma podria aun tener alguna excusa, si su pérdida pudiese compensarse con otra cosa; pero, como dice Jesucristo, ¿qué compensacion puede haber para una pérdida tan grande? *Quam dabit homo commutationem pro anima sua*¹? El alma es una sola; y una vez perdida, está perdido todo y sin remedio. Si perdeis la hacienda, podeis recobrarla ó con el trabajo, ó con la industria, ó con la economía: si perdeis un empleo, podeis adquirir otro contrayendo nuevos méritos, ó buscando nuevos protectores; mas si perdeis el alma, ¿qué recurso os queda? ¿podréis jamás decir: si he perdido una salvaré otra? Hé aquí

¹ Matth. xvi, 26.

lo que sostuvo al gran papa Benedicto XI en cierto lance crítico en que se vió, ó de ofender á Dios, ó de disgustar á un gran monarca. El embajador de este le pidió en su nombre no sé qué cosa, que él en buena conciencia no le podia conceder. El intrépido Pontífice se la niega redondamente, y le dice : Escribid á vuestro Soberano que si yo tuviese dos almas, podria sacrificar una en obsequio suyo ; pero que no teniendo mas que una, la debo salvar.

Hermosas palabras, cristianos, que debiérais tener siempre prontas en los labios, para contestar á cuantos vengan á incitaros para ofender á Dios. ¿Te incita, ó jóven, aquel mal compañero á ir con él á lugares donde corre peligro tu alma? Contéstale luego : Tengo una sola alma, y no la quiero exponer. ¿Te hallas, ó mujer, en el lance ó de ofender á Dios, ó de rechazar las inícuas pretensiones de un infame tentador? Díle sin vacilar : Dios no me ha dado mas que una alma, y no la quiero sacrificar por tí. ¿Te vienen, ó hombre, con ciertas ganancias que no puedes hacer sin sacrificar tu conciencia? Responde sin detenerte un punto : Tengo una alma sola, y si la pierdo, lo pierdo todo.

Santa Teresa de Jesús fue encontrada un dia llorando á solas amargamente. Habiéndosele preguntado por qué suspiraba, suspiro, dijo, suspiro por tres ideas que, como crueles espinas, traspasan mi corazon. Pienso que para mí hay un solo Dios, una sola muerte y una sola alma. Un solo Dios, á quien, si le pierdo, no tengo á otro á quien recurrir : una sola muerte, la que si una vez la hago mal, no puedo hacerla buena jamás : una sola alma, la cual si se condena, lo tengo perdido todo y sin remedio. ¡Un solo Dios! ¡una sola muerte! ¡una sola alma! ¿y no quereis que suspire?—Suspirad en buen hora, serafin de amor, que tales reflexiones son verdaderamente dignas de llanto.

Mas, si los Santos suspiran, ¿reirémos nosotros? ¡Ah! cristianos : abramos los ojos de una vez, paremos la atencion en un negocio que tanto lo merece. Se trata de un negocio en que pelagra la mejor prenda que tenemos, cual es el alma ; de un negocio sumamente difícil, y que pocos, poquísimos, logran conducirlo á buen término ; de un negocio en el que si una vez erramos, el error es irremediable. Mirad, os suplico, mirad este negocio como el principal, como el único digno de vuestra solicitud y cuidado. ¿Qué importa que los negocios de este mundo no os vayan bien? Con tal que os vaya bien el de la salvacion, ya teneis cuanto podeis apetecer. Ser pobres ó ricos, pasar por doctos ó por ignorantes, brillar en el mundo ó pasar la vida en la oscuridad, esto es nada : el todo es salvarse, ¿oís? el todo es salvarse. El Señor os dé su gracia para conducir este negocio al feliz término que deseo. Amen.